Hacia una Arquitectura

María Luisa López Sardá
José Carlos Velasco López

Foto: José Carlos Velasco López

"Oteiza me dijo que no podía morirme sin ver Ronchamp".

9 de octubre de 1999. Tres días antes de que Oíza cumpla 81 años llegamos a Ronchamp. Ante el vislumbre de la capilla en lo alto, allá a lo lejos, el cansancio desaparece.

Día gris para una visita largamente deseada. En la entrada, nos paramos a ver la bibliografía de LC que tienen a la venta. Oíza compra para todos cantidad de ejemplares del librito *Textos y dibujos para Ronchamp*. En la primera página, un dibujo de una estrella de seis puntas y las palabras del propio LC:

"Esta capilla de Ronchamp nació de una larga búsqueda a lo largo de cinco años. N-D de Haut es fruto de los números".

Subimos el camino entreviendo la capilla. In mente el recorrido del Partenón. Al llegar a la explanada de la fachada sur comenzamos a desparramarnos contemplando la imponente imagen tantas veces vista en fotografías. La escala nos impresiona (no lo transmiten las fotos).

"No, no, hay que seguir el recorrido que LC planeó para entrar en la capilla".

Volvemos a agruparnos y le seguimos girando a la izquierda para rodearla. La fuente de hormigón con los poliedros, la gárgola y la protuberancia del muro oeste es la primera excusa para pararnos.

Un japonés está visitando el monumento. Le pedimos que nos haga una foto del grupo y entablamos conversación. También es arquitecto, conoce la obra de Oíza y le comenta que, con sus gafas en la frente, se parece mucho a LC... Aparece otro arquitecto madrileño, Martínez Santamaría... Surge el Oíza profesor de siempre transmitiendo, enseñando con pasión, en un popurri francés-inglés-español.

La conversación gira en torno a los gruesos muros, la gran cubierta... no la construcción mínima, no una función limitada, la importancia de la expresión en arquitectura, en cualquier hecho humano.

"Con un haiku que cita y analiza Sánchez Ferlosio le voy a contar lo más importante que puedo decir".

"Al sol se están secando los kimonos
ay las pequeñas mangas
del niño muerto.

Tras una noche en vela ante el cadáver del niño que ha muerto los familiares están aturdidos, como ausentes. Un poco de viento hace que se mueva la pequeña manga del kimono del niño, que estaba puesto a secar con el resto de la ropa, y esta imagen hace surgir el lloro en los familiares."

Oíza reflexiona: la representación del hecho es más fuerte, más emocionante, que el propio hecho. Y esto nos trae a la memoria el primer viaje con Oíza y María Felisa a Francia. También guiado por Le Corbusier...

Todo comenzó a primeros de 1988. Oíza nos comentó que en El Modulor, LC citaba de pasada un libro, sin dar muchos datos y que este libro lo había vuelto aencontrar, no sólo citado con todas sus referencias, sino muy alabado, en el libro de A. Fournier des Corats, *La Proportion Egyptienne*. Añadió que él, en un viaje a París con Juan Huarte en los años 50, lo había tenido en sus manos, pero que había sido todo muy rápido...

"Libro raro e interesante, que según dicen quien lo ve no lo vuelve a olvidar, no sé por qué no lo compré pues siempre he pensado que las medidas, y la modulación, eran claves en la Arquitectura."

Oíza nos permitió fotocopiar sus ejemplares de *El Modulor* y de *La Proportion Egyptienne*: dos libros llenos de anotaciones y comentarios escritos de su puño y letra.

Buscamos este libro por Madrid y no encontramos ninguna referencia. No existía.

Un arquitecto (y diplomático), Juan Luis Muñoz-Laborde, que trabajaba en esos momentos en la sede de la UNESCO en París, se ofreció para ayudarnos en la búsqueda y consiguió localizar en una de las Escuelas de Arquitectura un ejemplar del libro. Allí le dieron una referencia de una librería "de viejo" donde tal vez pudiéramos encontrarlo.

Y en mayo de 1988 nos fuimos a París en busca del libro.

Una librería pequeña y antigua regentada por dos viejecitas que al preguntar por el libro dijeron que no lo tenían... Ante nuestro interés, al menos en poder verlo pues no lo habíamos conseguido en la Escuela de Arquitectura, comenzó una larga serie de preguntas... Parece que contestamos adecuadamente y nos dijeron que dejásemos nuestras señas y que ya se pondrían en contacto con nosotros. Siete meses después recibimos una carta en la que comunicaban que estaban a nuestra disposición dos ejemplares del mencionado libro.

Tras varias y largas vicisitudes, justo un año después del viaje, los libros llegaron a Madrid. Al verlos, entendimos las precauciones. Cada ejemplar mide 50x70 cm. Y pesa unos cinco kilos. El título completo del libro es *De l'Architecture naturelle ou Rapport de Petrus Talemarianus sur l'etablissement, d'apres les principes du tantrisme, du taoisme, du pythagorisme et de la cabale, d'une "regle d'or" servant a la realisation des lois de l'harmonie universelle et contribuant a l'accomplissement du grand oeuvre*. Edité par Alexandre Rouhier, libraire. Aux Editions Vega.

Oíza escribe en su ejemplar de *El Modulor*:

"clave = pág 199 me parece que este libro influyó sobre LC, del libro no cita su autor sino dos palabras del título. En esta pág. Pasa de 175 a 183 y cita indirectamente a P. Talemarianus. El purusha de los Brahmanes."

Con un dibujo del propio Oíza reproduciendo la figura 83 del libro: un hombre tendido a lo largo con los brazos en prolongación del cuerpo.

Doce años después volvemos los cuatro a Francia para ver Ronchamp y La Tourette. Tal vez sea la iglesia la obra más enigmática de LC. El viaje tiene algo de peregrinación. Oíza disfuta, saborea, experimenta esta obra concreta. Le interesa esa capacidad mística de LC para proyectar, que donde mejor expresa es en los espacios religiosos. Una percepción y entendimiento de la arquitectura que conlleva la capacidad de emocionarse, de mover al hombre a otro nivel de experiencia espacial.

La entrada en la iglesia se retrasa indefinidamente, seguimos con los haikus..., parece que Oíza quiere alargar ese momento... Por fin, la conversación se diluye. Entramos en la iglesia uno a uno, y nos paramos acontemplar ese espacio pero no hablamos. Cada uno, individualmente, vamos paseándola en silencio, de vez en cuando algún comentario suelto. Oíza la recorre con calma una y otra vez, se sienta, la mira y remira, se llena de ella, comenta de la apariencia de fortaleza en los muros y su austera y pobre construcción, del pavimento de madera de los bancos, de la inclinación del suelo, de la forma de las capillas laterales, del uso del color, del prodigio de la luz interior, de la potencia de la cubierta que se posa como un velo... construida en hormigón, ..., sencillamente está disfrutando.

Salimos y continuamos rodeando la iglesia. Cada detalle de Ronchamp es motivo de comentario y satisfacción. Comprobamos la utilización del metro del modulor... Al llegar a la fachada este, habla de la proa de la cubierta, de la orientación en la liturgia, de la escala pública del espacio del porche para las misas al aire libre, de los huecos del muro, de los elementos arquitectónicos que amueblan el inmenso porche, del púlpito gris de hormigón sobre el fondo blanco sostenido por una columna... Oíza sonríe, está satisfecho.

"¿Por qué no subes al púlpito?"

María Felisa le anima:

"Paco, anda, sube..."

Sube con decisión, se asoma tímidamente con una media sonrisa.

"Aquí estoy..."

y enseguida se retira como diciendo: no estoy a gusto en un púlpito.